

LA EDUCACIÓN Y EL FUTURO

Siempre me ha parecido que una de las grandes tragedias del género humano es la pérdida de experiencia y conocimiento que se produce tras la desaparición de una persona, o de una generación. Ese tener que volver a empezar cada cierto número de años recorriendo caminos que ya estaban “hechos al andar...” de otros.

Seguramente la parte que se llevan a la tumba esos hombres y mujeres es mucho mayor, pero la que conservamos se recoge en lo llamamos cultura, que no es de derechas ni de izquierdas, es, y se recoge en los recipientes del Saber con mayúsculas. La traslación de la cultura o del Saber a las siguientes generaciones es la Educación.

Todo el mundo sabe que en la información que facilitemos a nuestros niños, desde los primeros estadios de su educación, está la clave, lo que permite imaginarse cómo serán y cómo actuarán esas generaciones en el futuro. Aquí, mediante ese concepto de “gimnasia mental” que algunas veces hemos comentado, se empieza a gestar la capacidad para tomar decisiones con acierto, en lo personal y en lo profesional.

Tampoco habría problema en aunar opiniones respecto de que el sistema educativo actual no es el deseable y son constatables, o fácilmente previsibles, casi con carácter general, los malos resultados de los chicos que se encuentran hoy en cualquiera de sus fases. Y eso que aún no se han enfrentado a la vida y a sus vicisitudes.

Parte del problema es el hecho de que los sucesivos gobiernos se creen con derecho, nunca se sabe bien con base en qué, a poner “patas arriba” el sistema que existe y a sustituirlo por otro, o versiones del mismo, cuyas ventajas tampoco se molestan en explicar.

Por orden, los alumnos, los profesores, los padres, las instituciones, las empresas y la sociedad - que espera al final de ese “tubo educativo” la llegada de un relevo de personas capaces - sufren de distintas formas las consecuencias de estos vaivenes, pero parecen no tener la fuerza, la ilusión o el ánimo como para reunir voluntades suficientes y crear por consenso (siempre que se ha hecho así en España ha funcionado bien, cediendo unos y otros, ganando todos) un sistema estable, útil para las siguientes generaciones, no distorsionado ni turbio, y “sostenible”.

A veces parece como si invertir recursos, entre ellos el tiempo, en esa traslación de la parte del conocimiento que hemos tenido la suerte de conservar y heredar, no tuviera consecuencias más allá de nuestro egoísmo. ¿Creemos de verdad que no las tiene?

Camuflados en las páginas interiores de un diario especializado, publicado a mediados del “desconectado” mes de agosto de este 2007, llegan datos sobre Educación desde 1) la OCDE (Informe del Proyecto Internacional para la Producción de Indicadores de Resultados Educativos de los Alumnos, Proyecto PISA), donde se nos dice que las medias del rendimiento en matemáticas de los alumnos españoles está casi 15 puntos por debajo del promedio de los de la OCDE; 2) desde la IEA (Asociación Internacional para la Evaluación del Rendimiento Educativo) con su método descrito en “PIRLS 2006. Assessment Framework and Specifications”, que pretende sentar las bases para el estudio sobre competencia lectora, y 3) desde la “Oficina Económica del Presidente del Gobierno”.

En estudios de esta última, se relacionan el nivel de formación y los salarios percibidos por los trabajadores españoles; y, comparándolos con otras zonas, partiendo de que, objetiva, empíricamente, son superiores en promedio, se busca la causa.

La secuencia es la siguiente: los adultos españoles dedicamos 9 años a la escolarización (léase educación); en los países avanzados de la UE este valor es de 11 y en los EEUU de 13 años. Como sabemos que los salarios medios son superiores en un 20% en esas naciones de la UE y un 40% en Estados Unidos, fácilmente se deduce que cada año de educación aporta la expectativa de un 10% más de retribución media en los años de la vida profesional de cada alumno. Y, claro, para la sociedad, más capacidad económica equivale a tenerla de consumo, de ahorro o de mayor posibilidad de inversión en preparación de los “años pasivos”, por parte del Estado y también de los particulares.

Resulta que son, todos ellos, aspectos que tienen que ver de forma muy directa con nuestra actividad aseguradora, su crecimiento y su “salud”; y por supuesto con el movimiento económico general del país.

Se cita también como referencia a los Acuerdos de Lisboa. Allí se establecieron en muchos campos, y también en Educación, algunos objetivos concretos, que pudieran medirse y que sirvieran a los países, y a la propia Unión, para valorar los progresos, si es que estos existían. Algunos de los indicadores parecen básicos en el sentido de razonablemente ambiciosos: que la tasa de abandono escolar prematuro descienda por debajo del 10%; que hayan completado la Enseñanza Secundaria el 82% de los mayores de 22 años o que aumenten en 15% los licenciados en matemáticas, ciencias y tecnología.

Los datos dicen que, al ritmo actual, España tardaría 70 años en cumplir los objetivos previstos para 2010 (para los que los Acuerdos de Lisboa sólo piden el 85% de lo anterior), que al terminar el 2006 estábamos a casi 24 puntos de alcanzarlos y - para tener una idea de la evolución o tendencia - habiendo perdido 4 desde el año 2000.

Sabemos que, como consecuencia de la evolución demográfica reciente, las personas que actualmente están en la fase de formación, pongamos, menores de veintidós años, tendrán muchas más posibilidades de conseguir trabajo porque serán menos. Sin embargo, desde el otro lado, el de las empresas e instituciones, habrá menos candidatos para elegir... ¡Y algunos de ellos además tendrán problemas, que pueden llegar a ser graves, en su preparación profesional y tal vez también en la personal!

Alguien dirá que los movimientos migratorios bien orientados aportarán a las sociedades más ricas - desde las más pobres, claro - los profesionales cualificados necesarios. Es posible. Pero, aunque esto llegue a ser cierto, sigue siendo válida la siguiente pregunta: ¿Quién está pensando hoy en esto en el Estado y en las CCAA que tienen transferidas estas competencias y los recursos correspondientes?

Los ciudadanos tenemos hoy alguna idea de los déficits que arrastramos en infraestructuras, sobre todo vías de comunicación, porque cada lunes nos aterra la lectura de las estadísticas de mortalidad y miramos a todas partes, también hacia los gestores de nuestra sociedad. Y no es agradable. La Asociación de Empresas de Conservación y Explotación de Infraestructuras (ACEX) publica anualmente un informe y en el de 2006 se apuntaba a un retraso de 30.000 millones de euros respecto de las que se debieran haber realizado para mantener una relación equilibrada entre parque de automóviles y kilómetros disponibles, considerando sus respectivos crecimientos. Como consecuencia de las transferencias, el Estado ha reducido su participación en la inversión que se hace en carreteras del 41,7% en 2003 al 37,2% en 2006. No obstante, el conjunto de las CCAA ha pasado de recibir el 15% del IRPF en 2001 al 33%, además del 35% del IVA y del 40% de Impuestos Especiales.

¿Cuánto es el retraso en infraestructuras de educación (colegios, universidades, laboratorios, sistemas de información, bibliotecas reales y virtuales, becas para estudios, para intercambios de estudiantes entre países, para prácticas profesionales, para contar con una o dos lenguas, distintas de la materna, correctamente conocidas, para desarrollo de proyectos que tengan que ver con el de la educación, etc.) que permitan al menos garantizar que se cubran las necesidades profesionales de la sociedad?

¿Cuántos debieran ser los educadores disponibles ya hoy para cubrir ese objetivo? ¿Cuál debiera ser su grado de preparación, en cada nivel educativo, contrastado por pruebas de acceso rigurosas?

Parece un proyecto lo suficientemente importante y urgente como para que se promueva un consenso con responsables (intenten recordar los nombres de los de los tres últimos ministros del gobierno central o de su CCAA ¿A quien pedirán cuentas nuestros niños?). Los Pactos de Toledo fueron, cuando menos, un intento de poner los números sobre la mesa y ver, todos juntos, cómo previsiblemente nos iban a ir las cosas y qué podíamos hacer para mejorarlas.

¿Insuficiente, poco ambicioso, equivocado? Siempre un paso adelante. No tenemos nada parecido, como país que se debe proyectar hacia el futuro, en Educación.

Existen instituciones importantes en nuestra sociedad donde se refugian la cultura y el Saber con los que comenzamos: las Reales Academias del Instituto de España, tan desconocidas en nuestra sociedad, Universidades públicas y privadas de gran prestigio, Organizaciones profesionales, abundante información sobre “el resto del mundo” que avanza, en lo que lo haga, Foros de presencia y actividad cada vez más influyentes. Y, por supuesto, individuos, ciudadanos que desde esas organizaciones, o no, pueden enriquecer y aportar ideas útiles para el éxito de un proyecto de esta naturaleza.

Sólo se requiere sentido de la responsabilidad sobre este mundo / sociedad que “nos han prestado nuestros hijos para que se lo administremos” (Colosio, candidato mexicano asesinado en plena campaña electoral),

De la misma forma que cualquier empresa debiera conocer al grupo de personas de entre los que saldrán sus directivos del futuro (es decir, cinco años) - si no quieren ser tan ambiciosos, digamos que la mitad de ellos, apostando por que la permeabilidad directiva del mercado en nuestro sector aportará el resto - toda sociedad, protegiendo su propia salud como marco de convivencia, tendría que poner los medios para garantizar que dispondrá de los profesionales que necesitará. Y no lo estamos haciendo.

Rafael de Lecea
Profesor del AESE (Lisboa)
Agosto de 2007